

Julio-Agosto 2019

La Sana Doctrina



LA SANA DOCTRINA



Revista bimestral publicada por asambleas congregadas en el Nombre del Señor Jesucristo en Venezuela.

Año LVIII N° 362
Julio-Agosto 2019

Redactores:

Guillermo Williams (Fundador: 1958-61)
Santiago Saword (1961-76)
Santiago Walmsley
Andrew Turkington (Redactor)
Tlf. (0416) 4373780
E-mail: andrewturkington@gmail.com

Suscripciones: Joseph Steven Turkington
a/c Carrera 6ª N°12-61,
San Carlos, Cojedes, Venezuela.
Teléfono: (0416) 3020889
E-mail: jsturkington@gmail.com

Suscripciones para 2019

Para Venezuela: La suscripción es anual (seis revistas), y se paga en dos cuotas:
1. Bs. 6.000,00 para las tres primeras revistas
2. Los Bs. equivalentes a \$1,50 al cambio del día.

Las suscripciones se hacen por asamblea, y pueden cancelarse mediante un depósito o transferencia a la cuenta de ahorros **No. 0105-0101-61-0101-10778-1** del Banco Mercantil a nombre de **Joseph Steven Turkington, C.I. 17.890.560**. Avisar por teléfono o utilizar el código explicado en el Directorio de asambleas.

Para el exterior: Se puede suscribir gratuitamente a la revista electrónica en la página web:

www.sanadoctrina.net

Y se le enviará un correo electrónico cada vez que se carga una nueva revista en la página.

Contenido

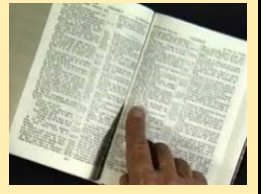
Artículos:

- 3 La Doctrina de Cristo (31)
Samuel Rojas
- 5 Una Mujer (4)
Gelson Villegas
- 7 Distinción entre la Ley y la Gracia
Andrew Turkington
- 10 La Oración
David Gilliland
- 14 Criterios Espirituales (5)
Neal R. Thomson
- 15 El Patriotismo y el Nacionalismo
La Perspectiva Cristiana de Nuestra Sociedad (XVI)
A. J. Higgins
- 20 Cuando Dios no hace nada
Believer's Magazine
- 21 **Lo que Preguntan**
- 24 **Página Evangelística:**
Del Odio al Amor

Portada: De: Pixabay.com

La Doctrina de Cristo (31)

Samuel Rojas



Dios demostrará sin lugar a duda que el mal no está en el ambiente del ser humano, sino en su corazón. En condiciones paradisíacas, sin la presencia e influencia del enemigo, con el Rey por excelencia provisto por Dios Mismo, el ser humano seguirá siendo pecador. La causa de la tragedia humana no está, pues, en las condiciones socioeconómicas, ni en las políticas, sino en la raíz pecaminosa que está en todo ser humano, con la excepción del Señor Jesucristo. Éste, Su Hijo eterno encarnado, es el Hombre Perfecto y, como Rey Ideal, podrá controlar todo el Universo. Pero, si el ser humano no se convierte a ÉL de todo corazón y nace de nuevo, su corazón sigue siendo la fuente de todas las maldades.

Si no se establece este Reino Sin Par, cualquiera podría argumentar en el Juicio que no tuvo las condiciones ambientales adecuadas para ser bueno. Pero, en aquel Día, “toda boca” se cerrará; no habrá excusa para la destrucción final de los impíos, quienes hacen obras impías, y las hacen impiamente.

Hemos visto, pues, **a)** las tres Ciudades llamadas ‘Jerusalén’ y su relación con el Reino Milenario. Luego, **b)** las tres Razones que justifican a Dios en establecer Su Reino aquí en la tierra por mil años. En cuanto a la última razón dada, no nos

olvidemos que el Pacto con Abraham (el Pacto Abrahámico) es la promesa de “la tierra” como se ve en Gén.15. Dios confirma a Abram (Gén. 15:1,2,3,11,12, 13,18; su nombre fue cambiado por ‘Abraham’ después de esto, en 17:5) que él iba a ser el progenitor de multitudes, v.5. Dios expandió aún más Su promesa al prometer “la tierra” como heredad, v.7. Abraham ya había aceptado, y creído, la promesa de una simiente (v.6), pero él quiso también una garantía del heredar “esta tierra” (v.8). Así que, en este Pacto unilateral (de un solo lado, el lado de Dios), Dios fue Quien hizo las promesas y, por eso, ÉL fue el único que pasó por el medio de los animales –sacrificios divididos–, representado por “una antorcha de fuego” (v.17). Entonces, Dios prometió la tierra al patriarca y a sus descendientes, v.18. En el Reino Milenario Dios lo cumplirá.

Ahora, **c)** en el terreno de la Tipología Bíblica, veamos **tres Tipos de Cristo en Sus actividades Reales**. (1) En el carácter de David, Él aparecerá como *el Rey Guerrero y Conquistador*. La primera tarea que ÉL desarrollará al venir a la Tierra será destruir a los enemigos de Dios y librar a los miembros del remanente del pueblo Judío. En el Salmo 45:3-5 es presentado este aspecto de antemano. (2) Entonces, como Salomón sobresalió en

su reinado, el Cristo como *el Rey Sabio* establecerá Su reino en justicia, y la paz sobrevendrá como resultado universal, en toda la extensión de Su Reino. El Salmo 72 presenta este aspecto; los resultados en todos los ámbitos del sabio reinado del Rey justo y correcto. (3) Por último, en la mención Escritural de Melquisedec (Gén.14:18-20), sumo sacerdote del Dios Altísimo y rey de Salem, el Señor Jesucristo como *el Rey Benefactor*; esparcirá a través de toda la nación de Israel, totalmente unida en su tierra, bendición y gozo a todos los habitantes del mundo. El Salmo 110 prevé este bienestar generalizado en el cual el Señor Se ocupará todos los años de Su reinado terrenal. ¡Oh, qué futuro tan bendito ÉL producirá aquí!

Para terminar con las ‘cosas triples’, en el terreno Dispensacional, recordemos **d) los tres Grupos de gentes humanas** directamente involucradas en el Milenio: la Iglesia (Asamblea) de la presente Dispensación, el pueblo celestial de Dios; Israel, el pueblo terrenal de Dios; y, las Naciones, los pueblos, las gentes no-judías. El propósito de Dios para las naciones, para Israel, para la Iglesia, aguarda su pleno cumplimiento en “el cumplimiento (= *pleroma*), plenitud, de los tiempos” (Efesios 1:10).

La palabra “plenitud” transmite la idea de orden y completación. Por ejemplo, es la palabra que se usa de un barco cuando la cantidad total de su tripulación está a bordo, con cada uno en su puesto. En esta forma hermosa transmite las condiciones que existirán en el Reino Milenario, cuando el propósito de Dios se verá en

pleno funcionamiento. La Iglesia, Israel y las Naciones ocuparán los lugares que les corresponden y cumplirán sus funciones ordenadas.

La Iglesia total (Dispensacional, universal, “la cual es Su cuerpo”, Ef. 1:22-23), como ya se ha dicho, cuando Cristo venga a la tierra estará con ÉL como la Esposa del Cordero. A donde quiera que ÉL Se mueva, nosotros nos moveremos con ÉL, porque desde el momento que nos encontremos con ÉL en el aire “así estaremos siempre con el Señor” (1 Tes. 4:17). La Iglesia reinará “con Cristo” (2 Tim.2:12; Ap. 20:4). En la “nueva Jerusalén” el apóstol Juan no vio templo porque Dios y el Cordero son el templo de ella (Ap. 21.22,2). Eso quiere decir, que ella mora en Dios y Dios mora en ella. Esta es la “perfecta unidad” por la cual pidió el Señor en Juan 17:23.

Ni el Señor Mismo ni Su Iglesia morarán en la tierra durante el Reino Milenario. Claro que el Señor y Su Iglesia visitarán la Tierra y reinarán en ella. Pero, esto será una administración celestial sobre la tierra milenaria. La Tierra no será la residencia permanente del Señor sino la ‘Ciudad del cielo’, estando ‘fuera’ del cielo, en el espacio cercano a los moradores de la tierra. Habrá una continua y completa interacción o interrelación con “las naciones que hubieren sido salvas” (21:24). La ciudad tenía “doce puertas”, y cada puerta es una “perla”: cada uno que tenga interacción con los salvados, quienes forman la Iglesia, verá ¡cuánto amó Cristo a Su Iglesia! (Mt. 13:45,46; Ef. 5:25,26,27). Se hace, pues, énfasis en es-

tas doce puertas porque esta ‘ciudad’ gobernará sobre (por encima) la tierra. Sin duda alguna, pues, habrá una amplia comunicación entre las esferas celestiales y terrenales (Jn. 1:51). Los ángeles serán entonces los emisarios de esta administración celestial.

Esta “ciudad”, la “nueva Jerusalén” es un cubo, representando la perfección; en este caso, la perfección relativa, porque la perfección absoluta está en Dios. ¡Ella es la obra maestra de Dios de todos los siglos! El uso frecuente del número “12” en ella, el cual es el número de la administración de gobierno, indica que ella es el centro de gobierno de Cristo en Su Reino terrenal. El gobierno del Señor será administrado a Israel y, de este, al mundo entero.

Israel, el verdadero Israel de Dios, habitará en su tierra, cada tribu en su heredad (Ez. 47:13 - 48:35). Así que, en el nivel inferior de este régimen de justicia, un Israel restaurado funcionará, como una unida nación-de-doce-tribus bajo el dominio de su Rey Mesías. La parte milenaria de Israel, pues, es terrenal. Ella heredará completamente la tierra de Canaán hasta los límites de sus fronteras divinamente prescritas (Jer. 32: 40-41). Todo Israel será salvo en aquel día, Rom.11:26, y se convertirá en la principal de las naciones. Jerusalén, la ciudad elegida de Jehová, será no solo el centro geográfico del mundo, sino también su centro político y religioso.

Las naciones gentiles salvadas, compuestas de los gentiles que sobrevivan al período de la tribulación, experimentarán las bendiciones de la era del reino traspa-

sadas a ellas a través de Israel (Is. 40:5; Jl. 2:28; Zac. 8:20-23. Y a la ciudad de Jerusalén, los representantes de esas naciones viajarán anualmente para buscar y rendirse ante el Rey de reyes y celebrar la fiesta de los tabernáculos, Zac. 14:14; Is. 56:7. Además, los reyes de la tierra rendirán homenaje a la Iglesia, la esposa del Cordero. De nosotros, pues, representados en esta resplandeciente ciudad celestial, posicionada sobre la tierra milenaria, recibirán las políticas de gobierno y la luz de la sabiduría, para regular todas sus relaciones internacionales, Ap. 21:24.

Los Estragos del Pecado

Cuando Leonardo da Vinci estaba pintando su obra maestra “La Última Cena”, buscó por mucho tiempo un modelo para retratar al Cristo. Finalmente encontró en una iglesia de Roma un joven de muy buen semblante y vida moral, llamado Pietro Bandinelli.

Pasaron los años, y el cuadro aun no estaba terminado. Todos los discípulos habían sido retratados menos uno, Judas Iscariote. Ahora Leonardo comenzó a buscar un hombre con el rostro endurecido y desfigurado por el pecado. Al final encontró un mendigo en las calles de Roma con una cara tan perversa que le dio escalofrío. Alquiló al hombre para posar mientras él pintaba el rostro de Judas en el lienzo. Cuando ya estaba para despachar al hombre, le dijo: “No te he preguntado por tu nombre”. “Yo soy Pietro Bandinelli”, respondió el mendigo, “Yo también pose como tu modelo para retratar al Cristo”.

Una Mujer (4)

Gelson Villegas



*“Y Ana le respondió diciendo: No, señor mío, yo soy **una mujer** atribulada de espíritu; no he bebido vino ni sidra, sino que he derramado mi alma delante de Jehová” (1 Sam. 1:15).*

Una vez más, nos encontramos en días cuando los hombres (el sacerdote Eli y sus hijos) del santuario son tinieblas y no luz para el pueblo de Dios. Pero Dios no se ha quedado sin recursos: tiene una mujer que como sólo punto fuerte ha aprendido a derramar su alma delante de Jehová. ¡Cuán necesarias son, pero cuán escasas en nuestros días!

¡Qué hombres los de su tiempo! Uno, su esposo, se sobredimensionaba (pensaba que valía para Ana más que diez hijos); otro, el sacerdote, la infravaloraba confundiéndola con una mujer ebria, pero ¡qué Dios el Dios suyo! Es “el Dios de todo saber” y “El levanta del polvo al pobre, Y del muladar exalta al menesteroso, para hacerle sentarse con príncipes y heredar un sitio de honor” (1 Sam. 2:3,8).

En cuanto a la esterilidad de Ana, claramente se dice que “Jehová no le había concedido tener hijos” (1 Sam. 1:5,6). Sin duda, esto ponía a aquella mujer espiritual en una ruta muy evidente: si el asunto venía de Dios había que tratarlo delante de él. Al final, ella podía decirle

al sacerdote Eli: “Yo soy aquella mujer que estuvo aquí junto a ti **orando a Jehová**... y Jehová me dio lo que le pedí” (1 Sam. 1:26,27). Ella llevó su esterilidad ante el Dios que “levanta del polvo al pobre” y que hace posible que “hasta la estéril” dé a luz siete (2:5). Al respecto, podemos seguir su ejemplo. Sin duda, muchas veces se evidencia una esterilidad personal (no vemos que estemos siendo canales para el bien de otros), familiar (los miembros de la familia no creen o no crecen en la fe) o congregacional (la asamblea no gana almas, no crece en el conocimiento y la práctica de la palabra). Aunque muchas veces se recurre a estrategias humanas para remediar el mal, volverse a Dios de todo corazón, buscarle fervientemente en oración y esperarlo todo de él es el camino.

No nos llama la atención el hecho de que Ana pidiera a Dios un hijo, pues era eso, precisamente, lo que se pedía a Dios en Israel para quitar la afrenta de la esterilidad, tal como se aprecia en el caso de Rebeca, Raquel y Elizabet (Gén. 25:21:30:32 y Lucas 1:13), sino que lo notorio es **para qué** pidió Ana ese hijo. Ella misma lo dijo: “Yo lo dedicaré a Jehová todos los días de su vida” (1:11). Una vez que el niño nació, Ana no subió con Elcana su marido a la casa de Dios, sino que ella esperaría hasta que fuese deste-

tado para presentarlo delante de Jehová “y se quede allá para siempre” (1:22).

Es evidente que en aquellos días tan decadentes la nación necesitaba un hombre acorde a ese tiempo. Dios daría ese hombre y bien pudo usar cualquier viente de las muchas mujeres en Israel. Pero usó a una mujer que pidió ese hombre, no para ella, sino para Dios y, sencillamente, eso hizo la diferencia.

Hoy día, muchos hermanos piden por salud y ruegan a otros que oren para que el Señor les socorra en cuanto a sus males físicos. En tales casos, me gusta preguntarles: “Si el Señor le concede la salud ¿qué va a hacer con ella?” Muchos la usan para trabajar como unos burritos en las cosas materiales o para divertirse, pero poco se acuerdan de darle tiempo y fuerza al Señor como una expresión de afecto y gratitud.

Distinción entre La ley y la gracia

Andrew Turkington



En los tiempos del Señor y de los apóstoles fue muy difícil para muchos dejar atrás la dispensación de la ley y aceptar la dispensación de la gracia. Y, a pesar de todas las claras enseñanzas que tenemos en los evangelios y en las epístolas, muchos hoy en día todavía no distinguen bien entre la ley y la gracia. El apóstol Juan claramente destaca esa diferencia: “Pues la ley por medio de Moisés fue dada, *pero* la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (Jn. 1:17). No tomar en cuenta esa distinción ha resultado en muchas falsas doctrinas y posturas equivocadas aun entre verdaderos creyentes.

Algunas figuras utilizadas en la Biblia nos ayudarán a entender que la ley y la gracia son dos cosas distintas que no se pueden mezclar.

Vestido viejo o vestido nuevo (Mt. 9:16; Lc. 5:36).

La ley es como un vestido viejo; tuvo su utilidad en el pasado, pero ya ha sido descartado. La gracia es como un vestido nuevo y hermoso. El Señor no vino para remendar el sistema viejo de la ley y ceremonia, sino para descartarlo completamente. Los judaizantes se asían de ese vestido viejo de la ley, queriendo remendarlo con el vestido nuevo de la gracia. Pero, cortar un pedazo de un vestido nuevo y ponerlo en un vestido viejo trae tres consecuencias negativas: se rompe el nuevo, el remiendo no armoniza con el viejo y además tira del vestido, empeorando la rotura. Definitivamente la ley y la gracia no se pueden mezclar.

Odres viejos u odres nuevos. (Mt. 9:17).

Los odres viejos, tiesos e inflexibles, representan la ley. Los odres nuevos representan la gracia. El vino nuevo nos habla del gozo de la salvación que trae el Evangelio. Ese gozo exuberante echa a perder las formas rígidas del ritualismo, y sólo puede contenerse dentro de los nuevos principios de la gracia de Dios. Sin embargo, como los fariseos, muchos todavía prefieren estar bajo la ley, diciendo: “El añejo es mejor”.

Estar bajo ayo o ser mayor de edad (Gál. 3:24,25).

El ayo era el esclavo guardián o tutor del hijo menor de edad, que lo dominaba y enseñaba hasta que llegaba a la mayoría de edad. Para los judíos la ley era como un ayo, sujetándolos y conduciéndolos a Cristo. La ley les hizo sentir su culpabilidad y la imposibilidad de salvarse a sí mismos, para que pudieran recibir a Cristo y ser justificados por la fe. “Pero venida la fe, ya no estamos bajo, pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús”. La ley ya cumplió su función. Volver a la ley es como volver a la niñez y ponerse de nuevo bajo el ayo.

Yugo pesado o yugo fácil (Hch. 15:10; Mt. 11:29,30)

Cuando algunos de los fariseos insistieron que era necesario circuncidar a los gentiles que habían creído y mandarles que guardasen la ley de Moisés, Pedro dijo: “¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo

que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar?” Pablo exhorta: “Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud” (Gál. 5:1). El creyente no está bajo ese yugo pesado de la ley, pero el Señor le anima a llevar Su yugo: “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga.” Volver a la ley es volver a una esclavitud (Gal. 4:9).

Ismael o Isaac (Gál. 4:21-31)

Al señalar la distinción entre la ley y la gracia, Pablo utiliza la alegoría de los dos hijos de Abraham. “Decidme, los que queréis estar bajo la ley: ¿no habéis oído la ley? Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, el otro de la libre.” Ismael está asociado con el Monte Sinaí, con la Jerusalén actual y la esclavitud de la ley. Isaac está asociado con la Jerusalén de arriba, con la promesa y la libertad en Cristo. Ismael e Isaac no podían vivir juntos. “Mas ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de la libre”.

El estanque de Betesda o el poder del Señor (Jn. 5:1-9)

Para beneficiarse del poder curativo del estanque de Betesda, uno tenía que ser el primero en descender al estanque después del movimiento del agua. El pobre paralítico confesó que no tenía quién le metiera en el estanque, y entre tanto que iba, otro descendía antes que él. La

ley (como ese estanque) es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno (Rom. 7:12). Pero el problema es que el hombre (como el paralítico) no tiene la capacidad para guardar la ley (la ley “era débil por la carne” Rom. 8:3). Volver a la ley, sería como decirle al paralítico que siguiera esperando (inútilmente) el movimiento del agua, cuando, por gracia, el Señor podía suplir su necesidad de manera inmediata.

Sombra o sustancia (Col. 2:16,17)

La ley, con sus regulaciones en cuanto a comida y bebida, días de fiesta, luna nueva y días de reposo, era solamente la sombra de lo que había de venir. Cristo es el cuerpo, la sustancia, la realidad que producía esa sombra. La ley tenía “la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas” (Heb. 10:1). Viendo solamente la sombra de una persona que se acerca, se puede apreciar algunas características de esa persona (por ej. si es gordo o flaco, si es alto o bajo, etc.). Por medio de la ley se podía vislumbrar algo de lo que iba a venir al llegar la gracia. Al llegar la gracia por medio de Jesucristo, vemos claramente lo que la ley vislumbraba. ¿Por qué volver a las sombras de la ley cuando ya ha llegado la sustancia en Cristo?

Entender la enseñanza de estas figuras nos guardará de volver a la ley con sus decretos, demandas, días, diezmos, dietas, dominio y dureza.

La ley es un sistema de salvación por obras. Pero la gracia provee salvación completamente aparte de méritos y obras.

Si se trata de añadir el uno al otro, dejan de ser lo que son. “Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra” (Rom. 11:6). No, la ley y la gracia no se pueden mezclar.

Pero, por si acaso alguno esté pensando mal, el hecho de que ya no estamos bajo la ley sino bajo la gracia, no se debe tomar como excusa para abusar de la gracia de Dios. Veamos las advertencias de la Palabra de Dios en cuanto a esto:

“Me he hecho...a los que están sin ley, como si yo estuviera sin ley (no estando yo sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo)” (1 Cor. 9:21).

“Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros.” Gál 5:13

“Como libres, pero no como los que tienen la libertad como pretexto para hacer lo malo, sino como siervos de Dios” (1 Ped. 2:16).

Y Judas nos advierte sobre los “hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios”. (Jud. 4).

Entonces, hermanos, no confundamos la ley con la gracia. No podemos volver a la ley. Tampoco podemos usar la ley para remendar la gracia (como si esto fuera necesario).

La Oración

Transcripción de mensaje

David Gilliland



Lectura: Lucas 10:38-11:14

Algunos temas ocurren varias veces en el evangelio de Lucas y acudimos allí al buscar ayuda espiritual sobre esos asuntos. Él habla más que los otros evangelistas sobre la pobreza, el perdón, el poder, la alabanza y la paz. Otro tema favorito de Lucas es la oración. Lo menciona más que los otros evangelistas y el párrafo que hemos leído es posiblemente la sección más larga sobre este tema tan importante.

Hagámonos la pregunta inmediatamente –¿Cómo nos va en cuanto a la oración? Si fuéramos honestos tal vez diríamos que es el área más débil de nuestra vida Cristiana. No nos va tan mal en la predicación, y en los estudios bíblicos, y podemos hablar mucho sobre las doctrinas y los tiempos gramaticales, y todas esas cosas son buenas y tienen su lugar. Pero solamente son como el dinero de bolsillo del Cristianismo. ¡Lo vital de la vida es la comunión privada de una persona con Dios!

Queremos considerar 7 aspectos de la oración en estos párrafos:

1. **La perfección de la oración** –El mismo Señor Jesús estaba orando en cierto lugar, 11:1

2. **La preparación para la oración** –vista en la actitud de María al final del cap. 10
3. **El modelo de la oración** –que Él dio a Sus discípulos
4. **La parábola sobre la oración**, 11:5-8
5. **Los principios de la oración**, 11:9-10 –pedir, buscar, llamar
6. **El cuadro de la oración**, 11:11-13 –la ilustración casera de un padre dando dones a su hijo es un cuadro de una realidad celestial
7. **El producto de la oración**. ¿Qué produce la oración?

1. La Perfección de la Oración

¡El Señor Jesús orando! “Aconteció que estaba Jesús orando en un lugar, y cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos” (11:1).

Encontramos a Cristo orando siete veces en el evangelio según Lucas. Esto es un mensaje en sí. Fueron siete ocasiones muy significativas. Podemos decir sin temor a ser contradichos, que nadie jamás oró como el Salvador. ¡Qué delicia para el oído y el corazón de Dios escuchar las oraciones de su Hijo!

Cuando terminó, uno de sus discípulos habló. Seguramente que quedaron cautivados hasta que Él terminó. Parece que le encontraron en una de esas ocasiones cuando se apartaba de ellos y estaba orando. De modo que, se quedaron en silencio hasta que terminó, y luego uno de ellos le dijo: “Señor, enséñanos a orar”. Quienquiera que fuese, había orado antes. Tal vez había orado mucho, en su propia manera. Pero cuando escuchó al Salvador orar, ¡sintió que ni siquiera había comenzado a orar!

¿Alguna vez has sentido así? ¿No te gustaría más oír a un hombre orar que predicar? ¿Has tenido la experiencia de estar en la presencia de alguien cuando estaba orando, y estabas contento de que no te lo perdiste? Si supieras el rincón donde una persona acostumbra a arrodillarse y tener comunión con el trono eterno, y si lo encontraras postrado allí en la presencia de Dios —¡habrás encontrado la persona tal como es en la realidad! ¿Cómo eres tú cuando estás orando a solas?

Podría sorprendernos, sin pensarlo, que el Señor Jesús oraba tanto. Si Él era perfecto, ¿por qué necesitaba orar? Muchos han hecho esta pregunta. No tienen dificultad en saber por qué criaturas como nosotros tienen que orar —somos pecadores y propensos a la tentación y tenemos que clamar siempre por el socorro divino. Pero ¿por qué tenía que orar Él? Entonces sugieren que Él oraba como una exhibición, para darnos un ejemplo. ¡Pero eso es ridículo! Cristo nunca oró solamente como un espectáculo.

lo. Él oraba porque, como Hombre Perfecto, necesitaba orar. La maravilla no es que el Señor oraba tanto; ¡la maravilla es que nosotros oramos tan poquito! Si fuéramos hombres perfectos como Él, oraríamos mucho más. Este es un punto importante. La esencia del pecado es la independencia de Dios. La razón por la cual cayó Adán es que escuchó al Diablo y pensó que podía dispensar de Dios y administrar el huerto por su propia cuenta, como él lo quería. Cuando asumió su propia independencia, cayó. En contraste a esto, el Señor Jesús dependió de Su Dios cada día que vivió.

Ha sido señalado con frecuencia que el velo en el tabernáculo es un cuadro de la perfecta humanidad del Señor. Aprendemos una maravillosa lección allí. Estaba colgado con corchetes de oro, su peso suspendido desde arriba (Ex. 26:31-35; 36:35-36). Es un cuadro de la manera en que Él anduvo en este mundo. Sus manos de fe siempre estaban alzadas hacia el cielo. Cada día que vivió estaba dependiendo de Dios.

Claramente podemos ver la perfección de la oración en la vida del Señor Jesús. Nadie oró como Él.

2. La Preparación para la oración

La oración lleva tiempo. Esta enseñanza se desprende del final del capítulo 10, donde Marta estaba preocupada y molesta con mucho servir. Estaba corriendo de una tarea a otra preparando la comida para el Señor Jesús que había llegado con todos Sus discípulos. Estaba afanada con muchas cosas. ¡Estaba casi distraída! No debemos ser muy duros

con ella. Recuerda, ella quería dar lo mejor que podía al Señor. No dejaría nada si hacer para dar lo mejor al Salvador. Pero María tenía otro punto de vista. Ella sabía que había algo más importante que trabajar para el Señor. Ella entendió la importancia de escuchar primeramente a Cristo. Mientras que Marta se frustraba más y más corriendo para hacer todo, María se sentó tranquilamente a los pies de Jesús.

Si vamos a poder orar efectivamente, tendremos que pasar tiempo sentados a los pies del Maestro.

Vivimos en un mundo de ajetreo. ¡Pero la oración no es un asunto de ajetreo! ¡No podemos entrar corriendo a la presencia de Dios, y salir corriendo otra vez, y verdaderamente hacer contacto con el Altísimo! Si vamos a progresar espiritualmente, y si los surcos de carácter espiritual y devoción van a profundizarse más en nuestras vidas, ¡la oracioncita de 5 minutos en la mañana y la oracioncita de 5 minutos en la tarde, sencillamente no servirán para nada! Tendremos que profundizar más y negociar en serio con Dios. Tendremos primeramente que sentarnos. Tendremos que tomar el tiempo para orar.

Debemos preguntarnos si sabemos algo de sentarnos. Muchos de nosotros creemos que no somos de la clase de personas que se pueden sentar. Pensamos que tenemos tantas cosas que hacer, y la casa se caería si no las hacemos —se tiene que lavar el carro, cortar la grama, tapizar la pared y... todo esto se tiene que hacer. Por supuesto que hay que atender a todo esto, pero no debemos permitir que mu-

chas cosas legítimas de la vida saquen a la fuerza la única cosa que es absolutamente esencial de nuestras vidas.

Puede ser que hay un creyente aquí cuya relación con el Señor está menguando. Al considerar los últimos seis meses de tu vida ¿sientes que tu pulso espiritual está debilitándose? ¿Estás perdiendo terreno? ¿Ahora no puedes orar como antes? ¿No estás disfrutando igual la oración? ¿No logras verdaderamente entrar en la presencia de Dios? ¿Has perdido tu fervor? ¿Sientes en tu alma que estás deslizándose, y hundiendo? Es algo terrible descubrir que las cosas no están bien, y sin embargo tratar de seguir orando públicamente en los cultos y tomar parte en la adoración. ¿Estás procurando mantener la fachada cuando por dentro hay decaimiento? Si es así, ¡no pases ni una sola noche más en esa situación! ¡Tendrá consecuencias muy serias! La razón por el decaimiento espiritual interno puede ser que tienes muchas cosas entre manos. ¿Estás demasiado enredado en negocios, comercio, educación, u otra cosa? Todas esas cosas son importantes. Las responsabilidades ordinarias de la vida son asuntos muy importantes. Las presiones, el estrés y la tensión entran en todos los aspectos de la vida humana. Pero, en la disciplina de la vida, tenemos que ser absolutamente despiadados. Cuando las cosas comienzan a imponerse y entrometerse en nuestra vida devocional, tenemos que sacar algo, y tomar el tiempo de sentarnos a los pies del Maestro, y colocarnos bajo la Palabra de Dios, y conscientemente leer y meditar en las Escrituras. ¡Es algo que tiene que ser aten-

dido rigurosamente! Si la eternidad es una realidad, y si servir a Dios aceptablemente como individuos y en la asamblea local son lo que decimos ser, entonces la comunión con Dios es la única cosa que verdaderamente importa. No podemos permitir que disminuya o decaiga.

A.T.Pierson escribió que hay muchos Cristianos que no permanecen suficiente tiempo en la presencia de Dios para perder la impresión de lo que está afuera, ni se quedan lo suficiente en el santuario para obtener la impresión de lo que está adentro. ¡Es cierto! En nuestra vida de oración fácilmente podemos caer en la costumbre de balbucear algunas expresiones familiares y luego salir a nuestros negocios diarios casi olvidándonos de lo que dijimos. ¡No podemos entrar corriendo a la presencia de Dios! Cuando terminamos el trabajo y tratamos de orar, nuestras mentes a menudo están tan saturadas con las cosas del día que es imposible concentrarnos en hablar directamente con Dios. Es mejor dejarlo por unos momentos hasta que nuestras mentes se esclarezcan, y más tarde regresar para orar.

María se sentó a Sus pies escuchando al Maestro. Antes de pensar en nuestras palabras a Él en oración, debemos pensar en Sus palabras a nosotros. Esta es la preparación para la oración. ¿Cómo sabremos qué decir a Dios si no hemos primeramente escuchado lo que Él tiene que decirnos a nosotros? Se dice que Jorge Mueller tuvo dificultad para orar poco después de creer, y sus oraciones estaban llegando a ser muy apagadas y sin vida. Sabía que debía orar, y procuraba obligarse a hacerlo, a orar más largamente, y estaba llegando a ser una esclavitud legal.

Si comenzamos a decirnos que debemos orar 10 o 15 minutos más, y nos forzamos a hacerlo, esto no durará mucho y pronto desaparecerá. Los Cristianos no pueden manejar sus vidas por medio de reglas. Debemos llegar a los grandes fundamentos espirituales. El Sr. Mueller descubrió que, si leía y meditaba un poco, entonces era mucho más fácil orar. Cuando leía la Santa Palabra de Dios, podía recoger un poco del propósito de Dios, Sus promesas y Su mente. Entonces, llevaba lo que había recogido otra vez a la presencia de Dios, y podía decirle al Señor: “Tú has dicho en Tu Palabra”, y luego oraba sobre lo que había leído. Él fue como María. Se sentó primeramente a los pies de su Maestro escuchando Su Palabra, y así acondicionando su alma, antes de entrar en la presencia de Dios para orar. No puedes precipitarte a entrar en la presencia de Dios, ni salir de allí de manera precipitada, o de nada te servirá haber entrado.

Si obviamos la preparación, descubriremos que nuestra presentación en la presencia de Dios será poco interesante, y aburrido, y difícil de mantener.

Las características sobresalientes de aquel gran predicador Phillips Brooks fueron el equilibrio y la imperturbabilidad. Sin embargo, sus amigos íntimos sabían que a veces sufría momentos de frustración e irritabilidad. Un día un amigo le encontró andando de un lado para otro como un león en una jaula. “¿Cuál es el problema, Dr. Brooks?” preguntó su amigo. “El problema es que yo estoy apurado, y Dios no”.

Criterios Espirituales (5)

Neal R. Thomson



4. El Equilibrio (continuación).

El apóstol Pablo demostró gran equilibrio espiritual en Tesalónica. Dijo en 1 Ts. 2:7,11-12: “Fuimos tiernos entre vosotros, como la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos”. La nodriza está entrenada para saber cómo cuidar a los niños, pero cuando llega a ser madre, con su propio hijo añade mayor ternura a la aplicación de su conocimiento. Así fue la actitud de Pablo con los creyentes allí. Pero esto no significaba que soportaba cualquier desorden, o que nunca corregía el mal. Dijo: “También sabéis de qué modo, como el padre a sus hijos, exhortábamos y consolábamos a cada uno de vosotros, y os encargábamos que anduviesen como es digno de Dios”.

Las palabras son interesantes. “Exhortar” contiene la idea de animar por palabras persuasivas. “Consolar” indica alentar con simpatía y entendimiento. Pero la palabra traducida “encargar”, es la palabra usada por Pablo en cuanto a la disciplina de hijos, que el padre a veces le “azota” o castiga (Heb. 12:6). De modo que con ternura él animaba. y con ternura él corregía a los creyentes. ¿No fue esto el carácter de Cristo, perfectamente equilibrado?

En cuanto a Juan y Jacobo, vemos al principio gran desequilibrio. Jesús les dio el apellido de Boanerges (significa “hijos del trueno”, Mr. 3:17). Parece que así era

su carácter. Cuando Jesús fue despreciado en una aldea de los samaritanos, Jacobo y Juan respondieron como trueno. “Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma? Entonces volviéndose El, los reprendió, diciendo: Vosotros no sabéis de que espíritu sois” (Lc. 9:52-56). Pero ¿nunca hemos nosotros respondido en forma como trueno cuando alguna palabra o acontecimiento no nos agradó? Somos ligeros en condenar, juzgar y castigar, pero a veces muy tardos en felicitar y en perdonar.

Un poco antes, Juan había condenado a uno que echaba fuera demonios en el nombre del Señor, porque no era de los doce apóstoles. Le respondió Jesús a Juan: “No se lo prohibáis; porque el que no es contra nosotros, por nosotros es” (Lc. 9:49-50). Nos congregamos en asambleas donde procuramos seguir el orden sencillo instituido y enseñado por los apóstoles. Sabemos que muchas otras congregaciones practican diversas doctrinas. En vez de criticar y condenar a aquellos mismos creyentes, ¿no debemos darles un buen ejemplo de vivir la Palabra de Dios, para que ellos sean atraídos a la verdad? Debemos condenar falsas doctrinas y malas prácticas, pero mientras que enseñamos la verdad, frecuentemente no practicamos el amor de Cristo, ni la consagración a Cristo, y damos mal testimonio a otros creyentes. Si ellos son

creyentes de verdad, son nuestros hermanos. Algunos no son desobedientes sino ignorantes. Si los tratamos como Juan trató a aquel discípulo, nunca los vamos a ayudar. En vez de ahuyentarlos debemos atraerlos por nuestro buen testimonio.

Juan llegó a ser llamado “el apóstol del amor”. El maduró en las cosas del Señor, y en sus epístolas hablaba con ternura a los creyentes como “hijitos míos” (1 Jn. 2:1). Sin embargo, tal madurez del desarrollo espiritual no le llevó al otro de desequilibrio, para tener un carácter permisivo que pudiera soportar cualquiera mundanalidad. Fue Juan –el apóstol del amor– quien escribió: “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el *amor del Padre no está en él*”. “El que practica el pecado es *del diablo*”. “Todo aquel que aborrece

a su hermano *es homicida*”. “Si alguno viene a vosotros y no trae esta doctrina, *no le recibáis en casa*” (1 Jn. 2:15; 3:8,15; 2 Jn. 10). Muchos dirán que estas palabras no concuerdan con el amor. Pero son palabras inspiradas por el Espíritu Santo.

¡Ojalá que la dureza que hayamos tenido en nuestro carácter, como en el caso de Juan, se ablande para que maduremos en forma pareja! Hay frutas grandes que se maduran de un lado, mientras que el otro extremo queda verde, algo como torta no volteada. ¡Que el Señor nos ayude a ajustarnos a Su propio ejemplo, y seguir Sus pisadas! Debemos confesar nuestra falta de equilibrio espiritual, y con humildad proseguir hacia la meta de conocerle mejor, y “el poder de Su resurrección y la comunión de Sus padecimientos”

La Perspectiva Cristiana de Nuestra Sociedad (XVI)

XV – El patriotismo y el nacionalismo

A J Higgins / Trad. D R Alves
Truth & Tidings, Worldview

Nota del traductor El autor de este artículo habla de América del Norte como si fuera solamente los Estados Unidos y las áreas de Canadá de origen angloparlante, o aun a veces de los Estados Unidos no más. Con todo, se ha traducido el escrito al español, permitiendo al lector leerlo a la luz de la historia y la condición espiritual de su propio país.

¿La Palabra de Dios es contraria a sentimientos de patriotismo? ¿Tener afecto por la patria es pecaminoso? ¿Saludar la bandera en señal de lealtad es ser infiel al reino de Dios? Sin duda, nuestra primera lealtad es al Reino de Dios, Mateo 6.33, pero ¿es malo sentir cierta afinidad con el país donde uno vive?

El patriotismo

La mayoría de nosotros en América del Norte trazamos nuestras raíces fami-

liars solamente pocas generaciones atrás a emigrantes que llegaron a este continente con muy pocos bienes materiales y en bancarota de tesoro espiritual. Llegaron con la esperanza de que los suyos disfrutaran de una vida mejor. Encadenados a circunstancias que limitaban una movilidad social y un desarrollo económico, buscaban un clima mejor y diferente en el cual criar a sus hijos. Como resultado, todos nosotros, prácticamente sin excepción, tenemos un estilo y nivel de vida que pocos de nuestros antepasados creían posible. Hemos sido bendecidos materialmente como pocas generaciones en la historia.

Sin embargo, más importantes que las posesiones materiales son las incontables bendiciones espirituales que han resultado del traslado a América del Norte. Muchos de esos antepasados, criados en tinieblas religiosas en su tierra natal, oyeron el evangelio y fueron salvos en este continente. La libertad que el evangelio gozaba en América del Norte contrastaba grandemente con la que prevalecía en su país de origen. Si bien aquellos en el Reino Unido disfrutaban de libertad para el evangelio desde siglos atrás, muchos en otros países europeos estaban en las tinieblas espirituales. Es cierto que debemos todo a la gracia de Dios, pero una pequeña parte de aquella asombrosa gracia es la bendición de una tierra donde era posible predicar el evangelio sin restricciones.

La libertad y estabilidad económica de nuestros países han sido responsables en buena medida de nuestra prosperidad material y espiritual. Detrás de todo, sin em-

bargo, está un Dios soberano quien, en su misericordia, ha ordenado todo lo que ha sido nuestra porción. Le damos gracias primeramente a Él.

Pablo nos recuerda que no debemos deber a nadie nada, Romanos 13.8, y que además debemos dar honra a quien le debemos honra, y respeto a quien le debemos respeto, v. 7. Todo esto se presenta en el contexto de nuestra responsabilidad ante la autoridad civil en Romanos 13. Pedro expresa sentimientos parecidos al mandar, en medio de las prioridades más importantes del amor a los hermanos y el temor de Dios, “Honrad a Dios” y “Honrad al rey”, 1 Pedro 2.17. Aunque las circunstancias que prevalecían en los días de Jeremías eran completamente diferentes, él instruye a los cautivos en Babilonia a procurar la paz de la ciudad donde residían, construir casas y ser ciudadanos productivos, Jeremías 29.5,7. Jerusalén debía seguir siendo su mayor gozo y su enfoque, como se ve en el hecho de que Daniel oraba hacia Jerusalén, Daniel 6. No había nada intrínsecamente malo en ser un ciudadano leal en Babilonia.

Pablo, al escribirle a Tito, ordena a los creyentes en Creta a sujetarse a los gobernantes y autoridades y a no difamar a nadie, 3.1,2. Ciertamente reconocemos las fallas y fracasos de los que están en autoridad, pero no nos corresponde estar al frente de disturbios civiles ni emplear el lenguaje virulento de algunos contra los que gobiernan en nuestro país. Podemos estar en desacuerdo, y señalar sus deficiencias, pero no hablar mal de ellos. No es nuestro deber hacerlo; el nuestro es primeramente a Dios, y después a ellos.

Pablo no fue reticente a hacer saber que era ciudadano romano, Hechos 22.25, ni a valerse de sus privilegios y libertades para la extensión del evangelio, 25.11.

Entonces, si el patriotismo se define como lealtad y honra a la nación de parte una persona por los privilegios y bendiciones que ha brindado, parecería que no hay nada antibíblico en esa actitud. Esto no es lo mismo que una actitud arrogante de “Mi país, con o sin razón”. Tenemos que reconocer el mal y la corrupción donde los veamos, y nunca olvidarnos de que la Palabra de Dios retrata a los gobiernos como bestias. En toda forma de gobierno aparte de una teocracia hay corrupción, mal y opresión. No debemos estar ciegos a las limitaciones de toda forma de gobierno humano.

Que uno sienta aprecio por su país, y muestre lealtad a él, no es patriotismo furibundo ni fanático. De manera que, ¡ondee la bandera si quiere! Pero acuérdesse de darle gracias al Dios soberano cuya misericordia le ha traído las bendiciones que todos disfrutamos.

El nacionalismo

Es posible incursionar más allá del patriotismo y llegar a las puertas del nacionalismo. El espíritu del nacionalismo se puede encontrar en muchas áreas de la sociedad, expresado como ceguera chovinista, intolerancia, xenofobia y arrogancia militar.

No vamos a ocuparnos de la forma política que asume, sino concentrarnos en el desarrollo extraño del nacionalismo entre cristianos en América del Norte. No

lo hacemos para condenar las bromas divertidas entre canadienses y americanos, ni entre los ingleses y sus hermanos escoceses. Estamos considerando la mentalidad presente en muchos círculos de creyentes que sienten que su país tiene un lugar especial en el programa divino y es el precursor del reino de Dios sobre la tierra.

Antes de considerar algunos de los peligros del nacionalismo, sería conveniente reflexionar sobre la perspectiva escrituraria de las naciones. Pablo, en su discurso en Atenas, les recuerda a sus oyentes que Dios había “prefijado los límites de su habitación”, Hechos 1.26. En otras palabras, Dios permite a las naciones crecer en el paisaje de la historia y luego retroceder. La lección de la historia subraya la realidad de la naturaleza transitoria de aun los más grandes imperios y naciones. Cada una de las grandes dinastías de la tierra se veía a sí misma como permanente e invocaba el favor divino – sea de Dios o de los dioses – para su seguridad. Pero cada una duró sólo un tiempo.

Las naciones cumplen un propósito útil para el bien de la humanidad. Las necesidades espirituales de los hombres son el principal interés de Dios, pero en su benevolencia como creador de todo, Él ha instituido naciones y gobiernos para el bienestar de los habitantes de la tierra, Romanos 13.1 a 5.

Las necesidades humanas de seguridad y otras necesidades de la vida son atendidas por una capacitada administración de los gobiernos. Un sentido de “comunidad” dentro de una nación protege

también del individualismo, que piensa que toda cuestión atañe a uno mismo. Este sentido del bien común de una nación es lo que ha impulsado a hombres a dar sus vidas en campos de batalla y servir a su país en innumerables maneras sacrificiales, pero apreciar los aspectos positivos de constituir una nación no es lo mismo que nacionalismo.

Quizás los ejemplos más trágicos de nacionalismo en el siglo 20 han sido la adhesión ciega al dogma nazista por parte de personas inteligentes y la fidelidad fanática de la juventud china a la “Revolución Cultural” de Mao. Millones perdieron la vida como resultado de la furia fanática de aquellos que no podían, o no querían, ver el mal en su propia nación y sus líderes. Aquí en los Estados Unidos el origen puritano de nuestra nación trajo consigo una teología que se concentró en establecer el Reino de Dios sobre la tierra. Pronto, y con un esfuerzo mínimo, se comenzó a ver a aquella nación como una de destino divino.

En nuestra propia generación también hay algunos que han abrazado este modo de pensar. Si bien es cierto que la Teología Reformada no nombra una nación en particular como la que Dios ha escogido para sus propósitos (de hecho hasta le niega a Israel ese papel), sí limita el programa profético de Dios al regreso de Cristo para establecer su reino sobre la tierra, sin pensar en el rapto pre-tribulación ni en un futuro para Israel.

Esa teología se concentra en un reino terrenal hecho realidad por la difusión del evangelio y una tierra preparada para su reino. Incluso hay quienes se tildan de “dispensacionalistas” que asignan un pa-

pel singular a esta nación en los propósitos de Dios. Ciertamente creemos en, y anticipamos, el establecimiento del reino terrenal de Cristo, pero esto no será por los esfuerzos de creyentes en la tierra, sino por el regreso del Señor como la “piedra” que aplastará a sus enemigos.

Pruébese a ver hasta dónde usted ha sido llevado por el nacionalismo. “Si mi país dejara de existir, ¿serían frustrados los planes de Dios para el futuro? ¿Somos nosotros una nación especial que Él ha levantado para realizar su voluntad ‘como nación’, o solamente una de las naciones en el gran designio divino, si bien es cierto que somos una nación que ha sido bendecida de diversas maneras maravillosas?”

Trasládese en su mente a los padres fundadores de la nación. Tenían gran visión los Puritanos a bordo del Arbella que abordaron en Inglaterra en 1630 con su nueva Carta real. Según su futuro gobernador, John Winthrop, iban a ser un ejemplo para el resto del mundo. “Sere-mos como una ciudad asentada sobre un monte; los ojos de todo el pueblo están fijados en nosotros”. Once barcos llevaron a más de mil Puritanos a Massachusetts aquel año para ser un faro para el resto de Europa. Eran, en sus palabras, un modelo de caridad cristiana. “Una ciudad asentada sobre un monte” era el sueño de los padres fundadores puritanos cuando arribaron a las costas de América del Norte. El título, no sin mérito en sí, sugirió la fundación del reino de Dios sobre la tierra.

Esto era un intento de establecer una teocracia en una tierra nueva. Juan Calvino había establecido una suerte de teocra-

cia en Ginebra. Los resultados fueron tristes y trágicos, un capítulo vergonzoso en su historia. Los Puritanos, así como tantos otros grupos, no aprendieron la lección. Aun cuando es loable tener como meta una sociedad justa y moral, la idea de establecer el reino de Dios sobre la tierra por legislación, coerción y conversión carece de autorización bíblica y está condenada al fracaso.

El sentido del vocablo *cristiandad* es un reino perteneciente a Cristo. Este concepto fue introducido desde el siglo 14 para denotar tierras donde imperaba la cristiandad, pero Dios no es una exclusividad de cierta nación o naciones, y no será utilizado por una de ellas. Él emplea las naciones para sus fines, y no viceversa.

Hace dos milenios el Señor Jesús estuvo ante un gobernador romano y declaró: “Mi reino no es de este mundo”, Juan 18.36. En realidad eso debe resolver la cuestión para cualquier nación, Israel aparte, en cuanto al hecho de ser indispensable para los fines de Dios. Hay quienes creen que la meta de un cristiano es mejorar el mundo por medio del evangelio, hasta que alcance tal grado de bondad que Cristo volverá para establecer su reino. Parece casi irónico que la verdad sea todo lo contrario: el mundo irá de mal en peor hasta que Él deba descender en juicio, Apocalipsis 19, para aplastar los reinos de este mundo y establecer uno caracterizado como “la piedra... cortada, no con mano”, Daniel 2.34.

El patriotismo y el orgullo nacional son polos opuestos. El patriotismo debe hacernos llorar por la nación en su progresivo descenso moral, fomentado por el

razonamiento secular y humanista. En vez de ser esenciales para el programa divino, hemos llegado al mismo estado en que se encontraban Sodoma y Gomorra antes de caer el juicio del Señor sobre ellos.

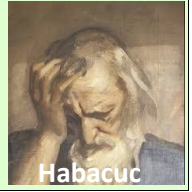
Aquellos que perciben este país como si ocupara un lugar “único” en la historia están haciendo caso omiso de las lecciones de la historia, o atribuyendo a la nación una misión divina especial. El concepto de un “destino divino” ha promovido un espíritu de nacionalismo evangélico que no tiene base en la Escritura.

El vínculo que tenemos con creyentes en todo país sobre la tierra trasciende las barreras nacionales: un vínculo espiritual por estar en Cristo y ser parte de la familia de Dios. El orgullo nacional nunca debe competir con los vínculos que tenemos unos con otros en el Cuerpo de Cristo. Existe el peligro de que una fidelidad fanática a una nación nos ponga en conflicto con creyentes en otras naciones. La nación en que vivimos tiene el derecho de contar con nuestra lealtad y patriotismo, pero cuando exige que la pongamos por encima de toda otra fidelidad, entonces ha sobrepasado los límites de la Escritura, y nunca debemos dejar de tener al Señor Jesucristo por encima de todo.

Nuestro principal vínculo como creyentes no es con aquellos que residen en determinada área geográfica, hablan un determinado idioma, o saludan a una determinada bandera. Nuestro vínculo es con todos aquellos que reconocen a Jesús como Señor.

Quando Dios no hace nada

(Believer's Magazine, Agosto, 1940)



En la Biblia encontramos cosas sorprendentes que nos podrían perturbar. Esto en sí es una prueba que el Libro no es de origen humano, sino Divino. En la Biblia se demuestra que Dios es todopoderoso, que muestra su justo desagrado contra la maldad, y que ejerce Su poder a favor de la justicia. Esta declaración puede ser verificada casi en cualquier parte del Antiguo o del Nuevo Testamento. No hace falta dar citas específicas.

Sin embargo, pronto se descubre para nuestra sorpresa que se registran en la Biblia historias de hombres cuyas experiencias parecen contradecir lo antes expuesto. Son casos cuando Dios parece ser impotente, la maldad parece triunfar, y el clamor del justo para ser librado se queda sin respuesta.

El hecho de que tales pasajes están incluidos en las Sagradas Escrituras indica sin duda que en la Biblia encontramos un verdadero reflejo de las experiencias humanas. La Biblia no es una colección de escritos escogidos y arreglados para defender la tesis que Dios siempre interviene cuando la maldad está ganando.

Con todo, estas aparentes contradicciones, cuando Dios no hace lo que esperábamos, encajan perfectamente en el plan de la revelación Bíblica, y nos ase-

guran que hay un propósito en cada pasaje que espera nuestra investigación.

La pequeña profecía de Habacuc es así. Este profeta tuvo que enfrentar en su día el problema de que Dios no estaba haciendo nada, cuando él esperaba que manifestara su gran poder para contrarrestar la maldad desbordante. El clamor de desesperación no trae ninguna respuesta ni intervención de Dios. No sucede nada cuando el profeta ora. Hay dos realidades contradictorias: “Hasta cuando, oh Jehová, clamaré, y no oirás; y daré voces a ti a causa de la violencia, y no salvarás?” (Hab. 1:2). Este es el lenguaje de la desilusión, de las esperanzas frustradas.

¡Cuántas veces los creyentes en estos días deben tener pensamientos similares! Pero ¿no es posible que nuestras expectativas estén equivocadas porque no tenemos un concepto adecuado del propósito divino? ¿No será que estamos engreídos con nuestro supuesto conocimiento de Dios? ¿Pensamos que Él debe actuar según nuestros deseos humanos, que surgen de un amor por la comodidad personal? Por tanto, hemos sido decepcionados porque las cosas no han sucedido como lo habíamos anticipado. Sin embargo, podemos afirmar con plena confianza que **Dios siempre tiene la razón.**

Habacuc era un hombre de carácter fuerte. Tenían un conocimiento íntimo de Dios, y una fe viva. Amaba la justicia con una pasión nacida de su experiencia en los caminos de Dios. Reaccionaba violentamente contra toda forma de injusticia, detestando la iniquidad, la violencia, el pleito y la contienda. El temor de perder la popularidad no le hizo desistir de levantar la voz contra la maldad entre su pueblo. No se le podía llamar un cobarde moral.

Sin embargo, se encontró retando a Dios porque parecía no estar haciendo nada frente a la injusticia descarada. El profeta tuvo que aprender lecciones que los hombres de cada generación han tenido que aprender: que Dios no puede ser obligado a actuar en contra de Su divino propósito, ni va a apresurar sus juicios simplemente para satisfacer la queja perpleja del profeta.

La situación en los días del profeta no es muy diferente a la nuestra. Tenía por delante dos problemas. Primero, no podía entender por qué la iniquidad triunfaba sobre la justicia, y Dios guardaba silencio. Segundo, no podía entender por qué una nación extranjera rapaz fuese permitida invadir la tierra del pueblo escogido por Dios, y por qué los Caldeos tuviesen tanto éxito en llevar a cabo sus metas guerreras.

Situaciones parecidas a estas constituyen un problema para personas pensantes de nuestra generación. Las fuerzas del mal, tanto nacionales como internacionales, parecen avanzar sin freno. Algunos dicen que Dios no está haciendo nada. Pero ¿debemos adoptar esa actitud fatalista? La respuesta es un NO enfático.

Siempre se deben corregir los conceptos equivocados en cuanto a Dios y su aparente inactividad. No se debe olvidar que los eventos temporales no afectan los resultados finales. El mal triunfa solamente bajo la voluntad permisiva de Dios, Quien hace todas las cosas según Su propia voluntad.

Habacuc recibió una visión del día cuando “la tierra será llena del conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren el mar” (Hab. 2:14). Entender esta realidad tendrá un efecto estabilizador sobre todos los que se sienten tentados a dudar la sabiduría del silencio divino cuando la maldad se desborda entre la gente.

Así también el mensaje del profeta acerca de Dios mismo, ciertamente traerá confianza a aquellos que claman a causa de la presente situación. “¿No eres tú desde el principio, oh Jehová, Dios mío, Santo mío? No moriremos. Oh Jehová, para juicio lo pusiste; y tú, oh Roca, lo fundaste para castigar. Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio” (Hab. 1:12-13).

*En la Biblia de Jorge Mueller,
aquel gran hombre de fe y
oración, a lado del versículo:
“Por Jehová son ordenados los
pasos del hombre” (Sal. 37:23),
estaba anotado en el margen:
“y las paradas también”.*

Lo que preguntan

Gelson Villegas



Muchos tienen curiosidad en saber quién fue ese joven (Marcos 14:51, 52) que dejando la sábana con la cual cubría su cuerpo en manos de sus captores huyó desnudo. Cada vez que me han preguntado sobre el caso contesto que uno no puede decir nada acerca de algo que el mismo Dios calla, pero en días pasados alguien me preguntó qué lección se puede sacar de ese episodio y, realmente, esa sí fue una pregunta nueva para mí.

Huir no es algo agradable para el ser humano y hacerlo desnudo, menos. Pero, ante un grave peligro casi toda persona haría igual que ese joven, pues entre salvar la ropa y salvar la vida la elección es muy evidente. El mismo Señor preguntó: ¿No es... el cuerpo más que el vestido? (Mateo 6:25). Muchas almas se pierden por dar más valor a lo que es accesorio al cuerpo, al alma y a la vida (joyas, vestidos lujosos y demás). También el creyente debe aprender el principio de perder para ganar y esto sólo es posible si prestamos atención al orden de prioridades según la mente de Dios y no según la valoración humana.

Si Dios sabía que el transgresor era Acán (Josué capítulo 7), ¿por qué no lo dijo de inmediato a Josué? ¿Para qué hacer acercarse primero a la tribu de Judá, luego a la familia de Zera, después los varones de esa familia y fue tomado Zabdi y, finalmente, por los de la casa de Zabdi fue tomado Acán hijo de Carmi?

Es posible que tengamos aquí algo de mucho valor para quienes, no habiendo cometido el mal, les sea saludable examinarse. Hay suficiente maldad en cada corazón que le hace capaz de hacer igual o peor que aquel o aquellos que sucumben ante el pecado. En el Nuevo Testamento, el Señor Jesucristo pudo decir claramente a sus discípulos el nombre y apellido del traidor, pero solo les dijo: “Uno de vosotros me va a entregar” (Mt. 26:21), lo cual llevó a cada uno a preguntarse: ¿Soy yo, Señor? Saludable ejercicio para nuestras almas no considerarnos inmunes al pecado. Aun los maduramente espirituales —al tratar las faltas de otros— deben considerarse a sí mismos, no sean que también sean tentados, según leemos en Gálatas 6:1.

¿Puede uno de los ancianos imponer disciplina a otro creyente, y esto sin reunirse con los otros ancianos y consultar y acordar con ellos?

Si Dios hubiera querido que en la iglesia local un solo hombre ejerciera el cuidado y gobierno del rebaño, tendríamos la doctrina y la práctica de UN pastor. Pero la verdad que Dios expresa en su libro es que aquellos a quienes él llama a tal ministerio conforman un número plural (a lo menos, dos o tres). Es por ello que leemos de ancianos, pastores y obispos, en plural. Aparte de esto, el Espíritu Santo nos ha dado una palabra corporativa (*‘presbuterion’*) para referirse al conjunto de ancianos (se

menciona dos veces más en el Nuevo Testamento, Lc. 22:66 y Hch. 22:5, y siempre con el mismo sentido). De manera que si alguno de los ancianos actúa a solas está pasando por encima de la voluntad expresada por Dios en su Palabra; arrogantemente se está imponiendo sobre los otros y está menospreciando el ministerio que igualmente el Señor ha dado a los demás ancianos.

Si el decirle “necio” a un hermano lo hace culpable de ser llevado ante el concilio (Mt. 5:22), ¿por qué, entonces, el apóstol Pablo dice a los Gálatas “necios” en 3:3?

Las palabras usadas (en el texto griego) en ambos pasajes son diferentes y, por supuesto, el sentido en cada uno de las porciones citadas también es diferente. En Mateo 5: 22 el término que se usa es ‘*Raca*’, probablemente de origen arameo, para referirse a una persona vacía de mente y que apunta a decirle ‘estúpida’, ‘imbécil’. En Gálatas 3:3 – y en 3:1 donde la traducción es ‘insensatos’- la palabra es ‘*anoētos*’ con el sentido de falta de sensatez o entendimiento para pensar y actuar correctamente en los asuntos de la vida cristiana. También el mismo Señor usa esta expresión hacia sus discípulos en Lucas 24:25. De igual manera, en los dos pasajes la intención es ofender feamente a otra persona; en la carta a los Gálatas, Pablo está procurando hacer reflexionar a aquellos creyentes tan volubles y cambiadizos.

Del odio al amor

(viene de la última página)

exigía, venganza para sus enemigos. La paz de la que Jacob hablaba era precisamente la que Fuchida, en aquel entonces amargado y desilusionado, estaba buscando. Consiguió una Biblia, empezó a leerla y quedó sumamente impresionado. Cuando leyó la oración de Jesús en la cruz “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34), tuvo la sensación de tener un encuentro con Jesús. Comprendió que Jesús había muerto en su lugar, que había pagado la deuda que él tenía con Dios debido a sus pecados. Y le pidió perdón. Entonces la paz de Dios echó fuera su amargura. Jesús, a quien había ignorado, hizo de él un mensajero del amor de Cristo. Él también escribió su historia: “De Pearl Harbor al Calvario”. Predicó entre los jóvenes presentando a Cristo como la única esperanza en medio de un mundo corrompido: sólo Jesucristo puede dar la salvación, la paz y la libertad. Incluso tuvo un encuentro con Jacob DeShazer. Y más allá de toda comprensión humana, ¡el amor de Dios, más poderoso que las bombas, hizo de estos dos enemigos, dos hombres unidos por el amor divino!

La Buena Semilla (ampliado)

Del odio al amor

Nos asombra cómo la gracia de Dios alcanzó dos oficiales renombrados en la Segunda Guerra mundial, uno americano y el otro japonés, cada uno lleno de odio hacia el país enemigo.

Mitsuo Fuchida, comandante japonés, fue el que dirigió la primera oleada de ataques sobre Pearl Harbor y emitió el célebre mensaje codificado: “¡Tora, Tora, Tora!” (que significa: el ataque ha sido una sorpresa total). La flota americana del Pacífico fue destruida en gran parte. Jacob DeShazer, un sargento americano, se enteró de la noticia a través de la radio y se presentó voluntariamente para el asalto de venganza “Doolittle”, cuyo objetivo era bombardear a Tokio, capital de Japón.

En esta operación Jacob DeShazer fue capturado por los japoneses y tuvo que sufrir crueles torturas. Su corazón estaba lleno de odio hacia el enemigo. Había sido criado en una familia cristiana, pero no compartía la Fe; sin embargo, recordó que el cristianismo enseña responder con amor al odio. Después de muchas súplicas, un guardia le consiguió una Biblia que leyó con avidez. Aunque solamente la tuvo por tres semanas, descubrió en ella que Jesús es efectivamente el Hijo de Dios. Cuando leyó: “Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en

tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo” (Romanos 10:9), Jacob suplicó a Dios que le perdonase, y se convirtió en una nueva persona. Se sentía liberado y tenía paz en el corazón. Su odio hacia esas personas tan crueles se cambió en compasión. Recordó las palabras de Jesús en la cruz: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34). Y Dios le dio la fuerza para responder con amor a la brutalidad de los guardias.

Una vez liberado, Jacob DeShazer regresó a su país, pero unos años después volvió al Japón a predicar el Evangelio. Escribió un tratado titulado: “Yo fui prisionero de los japoneses”, y lo distribuyó ampliamente. Entre las miles de personas que lo recibieron estaba Mitsuo Fuchida, el comandante del ataque de Pearl Harbor.

La historia que Fuchida leyó lo conmovió profundamente. ¿Cómo pudo el sentimiento de venganza que estaba en Jacob DeShazer transformarse en compasión hacia los japoneses? Ya había sido impresionado al saber de una joven americana que había servido a los prisioneros japoneses con amor y respeto, a pesar de que los padres de ella, que eran misioneros, habían sido muertos por los japoneses. Para Fuchida esto era inexplicable, porque su religión no solo permitía, sino



Mitsuo Fuchida



Jacob DeShazer